

DOCUMENTOS HISTÓRICOS.

VIAJES A MÉXICO EN LOS SIGLOS XVI, XVII Y XVIII.

VIAJES DE VARIOS INGLESES
 A LA NUEVA-ESPAÑA, SACADOS DE LA COLECCION DE
 HAKLUYT Y TRADUCIDOS AL CASTELLANO.

(CONTINUA).

II.

VIAJE DE ROGERIO BODENHAM Á SAN
 JUAN DE ULUA, EN EL GOLFO DE MÉ-
 XICO, EL AÑO DE 1564.

Yo, Rogerio Bodenham, despues de vi-
 vir largo tiempo en la ciudad de Sevilla,
 donde me habia casado, y teniendo con oca-
 sion de mi residencia en aquella ciudad,
 continuo trato y comercio con los Estados
 de Berbería, vine á sufrir grandes pérdi-
 das y á verme en apuros, á consecuencia del
 nuevo comercio que establecí con la ciudad
 de Fez. Vuelto con tal motivo á España,
 empecé á discurrir conmigo mismo, de qué
 manera podria levantarme y recobrar mi
 fortuna, y por último, con ayuda de mis
 amigos, adquirí un barco llamado «The
 barke Fox,» del puerto de Lóndres, y de
 porte de 160 á 180 toneladas, con el cual
 hice un viaje á las Indias Occidentales,
 habiendo encontrado proteccion entre los
 mercaderes españoles, á causa de mi larga
 residencia y enlace en su país. Mi viaje era
 á la Nueva-España, en compañía del ge-
 neral D. Pedro Melendez; mas como fué
 nombrado general de Tierra Firme y Perú,

puso á su hijo por general de la Nueva-
 España, aunque el dicho Melendez era el
 principal jefe y director de ambas flotas.
 Salimos todos juntos de Cádiz el dia últi-
 mo de Mayo del año 1564; y yo con mi
 barco, bajo el mando del hijo del citado D.
 Pedro, llegué como este á la Nueva-Espa-
 ña, donde inmediatamente tomé disposicio-
 nes para descargar mis mercancías en el
 puerto de Veracruz, llamado por otro nom-
 bre Villa Rica, á fin de que fuesen lleva-
 das de allí á la ciudad de México, que está
 á 60 y tantas leguas del dicho puerto de la
 Villa Rica. En el camino hay muchas bue-
 nas ciudades, especialmente Puebla de los
 Angeles, y otra llamada Tlaxcala. A la
 ciudad de México se entra por tres grandes
 calzadas, y todo lo demas está rodeado de
 agua, de suerte que no necesita de mura-
 llas, estando defendida naturalmente por
 el agua. Es una ciudad abundante de todo
 lo necesario, con muchas y buenas casas,
 iglesias y monasterios. Habiendo perma-
 necido nueve meses en aquella tierra, me
 volví á España con la flota; y las mercan-
 cías y plata que llevaba las entregué en la
 casa de la contratacion, donde recibí mi fle-

te, que en el viaje redondo de ida y vuelta
 montó á mas de 13,000 ducados. Durante
 mi permanencia en la Nueva-España obser-
 vé muchas cosas, tanto respecto á las pro-
 ducciones del país, como á las costumbres de
 los habitantes, españoles é indios; mas co-
 mo todas las historias españolas están lle-
 nas de estas noticias, las omito, remitiendo
 al lector á las dichas historias. Solo diré
 que la cochinilla se coje con abundancia
 en las cercanías de la Puebla de los Ange-
 les, y vale allí cosa de 40 peniques la libra.

III.

NOTABLE RELACION DE JUAN CHILTON
 CERCA DE LOS HABITANTES, COSTUM-
 BRES, MINAS, CIUDADES, RIQUEZAS,
 FUERZAS Y DEMAS COSAS PARTICULARES
 DE LA NUEVA-ESPAÑA, Y OTRAS PRO-
 VINCIAS DE LAS INDIAS OCCIDENTALES:
 VISTAS Y NOTADAS POR ÉL MISMO EN LOS
 VIAJES QUE HIZO POR AQUELLAS PARTES
 DURANTE 17 ó 18 AÑOS.

En el mes de Julio del año del Señor de
 1561, yo, Juan Chilton, salí de esta ciu-
 dad de Lóndres para España, donde residí
 por espacio de siete años. De allí navegué
 á la Nueva-España; y en viajar por allá y
 por el mar del Sur hasta el Perú, gasté
 diez y siete ó diez y ocho años, al cabo de
 los cuales volví á España; de modo que en
 el mes de Julio del año de 1586 regresé á
 la antedicha ciudad de Lóndres. Y exa-
 minando los apuntes que hice durante el
 tiempo de mis viajes, formé la relacion si-
 guiente.

En Marzo de 1568, deseoso de ver mun-
 do, me embarqué en la bahía de Cádiz, en
 Andalucía, en un buque que iba á las Is-
 las Canarias, donde tomó su cargamento,
 y salió á proseguir su viaje en el mes de
 Junio del mismo año. Al cabo de un mes

llegamos á la Isla de Santo Domingo. Sin
 detenernos allí, seguimos para la Nueva-Es-
 paña, y entramos en el puerto de San Juan
 de Ulúa, que es una isla pequeña á cosa
 de dos millas de tierra, donde el rey man-
 tiene unos cincuenta soldados y oficiales
 que guardan los fuertes, y ademas unos
 ciento cincuenta negros que todo el año es-
 tán ocupados en acarrear piedras para edi-
 ficios y otros usos, y en ayudar á asegurar
 con sus amarras los buques que allí llegan.
 En los extremos de una muralla que se ve
 en la dicha isla, hay construidos dos ba-
 luartes, y es costumbre amarrar los buques
 á la muralla, tan cerca, que desde ellos se
 puede saltar á tierra.

De este puerto caminé por tierra, á una
 ciudad llamada Veracruz, situada á la ori-
 lla de un rio: en ella residen todos los fac-
 tores de los comerciantes españoles, quie-
 nes reciben las mercaderías de los navíos
 que llegan, y tambien los cargan con el di-
 nero y efectos que llevan de retorno á Es-
 paña. Son cerca de cuatrocientos, y solo
 permanecen allí el tiempo que la flota de
 España tarda en descargar y volver á car-
 gar, que es desde fines de Agosto hasta
 principios de Abril siguiente; porque en-
 tónces, por lo malsano del sitio, se van diez
 y seis leguas á la tierra adentro, á una ciu-
 dad llamada Jalapa, en un lugar muy sano.
 Nunca pare ninguna mujer en el puerto
 de la Veracruz, porque apenas conocen
 que han concebido, se marchan al interior,
 huyendo del peligro de aquel aire infecto,
 aunque acostumbran pasear todas las ma-
 ñanas por la ciudad, cosa de dos mil cabe-
 zas de ganado mayor, para que disipen los
 malos vapores de la tierra. A siete leguas
 de Jalapa encontré otro lugar llamado Pe-
 rote, donde hay unas casas pajizas, cuyos
 moradores son españoles que tienen por
 oficio hospedar á los caminantes que suc-

len llegar de paso para el interior. Está en un gran bosque de pinos y cedros, y es sitio muy frío por causa de la nieve que dura todo el año en aquellas montañas. Hállase en estos parajes una infinidad de ciervos, tamaños como grandes mulas, y con cuernos asimismo muy largos. Nueve leguas adelante de Perote están las fuentes de Ozumba, que son unos manantiales de agua que brotan de las rocas en medio del camino real; y hay también allí ciertos ranchos¹ y casas con el objeto ántes dicho. Andadas ocho leguas, se llega á la ciudad de los Angeles, llamada así por los españoles: de estos hay en ella mil, además de un gran número de indios. Está asentada la población en terreno muy llano, y rodeada de otras muchas ciudades considerables, como Tlaxcala, ciudad de doscientos mil indios, tributarios del rey, á quien no dan más que un puñado de grano por cabeza, y de ello se juntan trece mil hanegas al año, según aparece de los libros de las cuentas reales. Y el motivo de que se contente con este tributo, único para ellos, es porque fueron la causa de que se conquistara la ciudad de México, con la cual tenían guerra los tlaxcaltecas, al tiempo que los españoles llegaron á la tierra. El gobernador de esta ciudad es un español, con título de *alcalde mayor*, que juzga de las causas principales, tanto de españoles como de indios, remitiendo las de delitos pequeños, como embriaguez y otros, al juicio y arbitrio de los indios que cada año se eligen para gobernar á los otros, y se

¹ *Ranches* dice el original: no encuentro significado de esta palabra que pueda venir bien aquí. He traducido *ranchos*, por parecerme que así lo pide el contexto, y porque habiendo cierta analogía entre el sonido de la palabra inglesa y el de la española, acaso dió motivo á que usara de aquella el autor inglés.

llaman *alcaldes*. Desde la edad de catorce años pagan los indios¹ al rey por tributo anual una onza de plata y una hanega de maiz, la que por allá se estima comúnmente en doce reales de plata. Las viudas pagan la mitad. Tanto los indios de esta ciudad, como los demás de las inmediaciones de México, andan vestidos con mantas de telas de algodón, todas matizadas de diversos colores finos. Dista Tlaxcala de la ciudad de los Angeles, cuatro leguas al Norte, y catorce de México. A una legua de allí está otra ciudad llamada Chetula (Cholula?), habitada por más de setenta mil indios tributarios, y no pasan de doce los españoles que residen en ella. A dos leguas hay otra llamada Acazingo, de más de cincuenta mil indios, y ocho ó doce españoles: queda esta ciudad al pié del volcán de México, por el lado de Oriente. Fuera de estas hay otras tres grandes ciudades: una muy famosa, nombrada Tepeaca, Waxazingo (Huexotzinco) y Tecamachalco: todas estas pertenecieron en lo antiguo al reino (*kingdom*) de Tlaxcala, y de ellas sale la mayor parte de la cochinilla que traen á España. De la ciudad de los Angeles á México hay veinte leguas: esta ciudad de México es la más famosa de todas las Indias, pues tiene muy buenas y costosas casas, labradas de cal y canto. Consta de siete calles á lo largo y siete á lo ancho: una sí y otra no, tienen acequias por donde vienen los víveres en canoas. Está asentada al pié de unos cerros que se calcula tienen veinte leguas en contorno: estos la ciñen por un lado, y por el otro una laguna de catorce leguas. En dicha laguna hay edificadas muchas notables y suntuosas ciudades, como la de Tezcoco, donde los españoles construyeron seis

¹ Se entiende que habla de ellos en general; no de los de Tlaxcala en particular.

fragatas cuando conquistaron á México, y Hernando Cortés tuvo sus cuarteles cinco ó seis meses, para que su gente se curase de las enfermedades que había contraído á su llegada al país. Puebloan esa ciudad como sesenta mil indios tributarios: en ella edificó Cortés el más hermoso templo que se ha levantado en las Indias, y tiene la advocación de San Pedro.

Después de pasar dos años en esta ciudad, deseoso de ver la tierra adentro, empué lo que tenía, y emprendí mi viaje hacia las provincias de California, en las cuales un vizcaíno llamado Diego de Guiara² había descubierto cierta tierra á la cual, en memoria de su patria, puso el nombre de Nueva-Vizcaya, y allá vendí mis mercaderías á cambio de plata, porque hay unas minas ricas, descubiertas por el susodicho vizcaíno. Al salir de México me encaminé un poco al S. O., á ciertas minas llamadas Temascaltepec, y continué caminando durante veinte días, por lugares desiertos, hasta salir al valle de San Bartolomé, que confina con la provincia de la Nueva-Vizcaya. La mayor parte de los indios de todos estos parajes son salvajes y andan desnudos: sus armas usuales son arcos y flechas, y acostumbran comérsese á los cristianos que aciertan á pasar por allí. Fuí en seguida á otra provincia llamada Jalisco, y luego al puerto de la Navidad, situado á ciento veinte leguas de México, á cuyo puerto arriban siempre en el mes de Abril los buques del mar del Sur procedentes de China y las Filipinas, y en él desembarcan sus mercancías, que son por la mayor par-

¹ Esto es, en la de México, aunque por el contexto pudiera creerse que en la de Texcoco.

² No hallo este nombre en nuestras historias. Todos saben que el descubridor de la Nueva Vizcaya fué Francisco de Ibarra.

te telas de algodón, cera, vajilla fina de loza dorada, y mucho oro.

El año siguiente de 1570 (que fué el primero en que vinieron á las Indias las bulas del Papa) emprendí otro viaje á la provincia de Sonsonate en el reino de Guatemala, á donde llevé diversas mercancías, todas por tierra, á lomo de mula. Para ir de México allá se va primero á la ciudad de los Angeles; luego á otra población de cristianos, ochenta leguas adelante, llamada Guaxaca, donde residen cosa de cincuenta españoles y muchos indios. Todos los de esta provincia pagan su tributo en mantas de algodón y en grana, que se cria en abundancia en toda aquella tierra. Cerca de este lugar hay un puerto en el mar del Sur, llamado Aguatulco, donde no hay más habitantes que tres ó cuatro españoles, con cierto número de negros que el rey mantiene. Sir Francisco Drake llegó á este puerto en el mes de Abril de 1579, y su visita me costó más de mil ducados, que tomó con otras muchas mercaderías de varios comerciantes de México, á un Francisco Gomez Rangifa, factor allí de todos los mercaderes españoles que entonces traficaban por el mar del Sur; porque en este puerto acostumbran embarcar las mercaderías que van al Perú y al reino de Honduras. De Guaxaca pasé á Nixapa, edificada sobre unas lomas muy altas en la provincia de los Zapotecas, donde residen unos veinte españoles por orden del rey de España; porque aquellos indios son muy inquietos, y con objeto de mantener la tierra en paz, repartió los pueblos y ciudades de la provincia entre los españoles. Pasé luego á una ciudad llamada Tecoantepec, que es la última al extremo oriental de la Nueva-España. En un tiempo perteneció al marqués del Valle; pero como es un buen puerto en el mar del Sur, se la quitó el rey de España.

ña, con ocasion de habérsele rebelado dicho marqués, y aun la tiene. En el año de 1572 ví allí una pieza de artillería, hecha de bronce, de las que llaman medias culebrinas; pertenecía al buque nombrado el «Jesus de Lubec,» y la dejó en 1568 el capitán Hawkins en San Juan de Ulúa, peleando con los españoles; cuya pieza llevaron despues cien leguas por tierra, atravesando altas montañas, hasta la dicha ciudad, con objeto de embarcarla para Filipinas.

Saliendo de Tecoantepec caminé por la costa del mar del Sur unas ciento cincuenta leguas en la despoblada provincia de Soconusco, la cual produce el cacao que los españoles llevan á la Nueva-España, porque no se da en tierra fria. Los indios de esta provincia pagan su tributo al rey en cacao, dándole cuatrocientas cargas: cada una tiene veinticuatro mil almendras, y vale en México treinta reales de plata. Hay allí hombres muy ricos y al par ostentosos (*proud*); mas los cristianos de toda la provincia no llegan á veinte. Atravesé otra llamada Suchitepeque, y pasé luego á la de Guasacapan: ambas son muy poco pobladas, y el mayor pueblo no tendrá arriba de doscientos indios. El principal ramo de comercio es el cacao. Fuí de allí á la ciudad de Guatemala, capital de todo el reino, en la que habrá ochenta españoles: aquí tiene el rey su gobernador y audiencia, á la que vienen á pedir justicia todos los habitantes del reino. Dicha ciudad dista del mar del Sur catorce leguas la tierra adentro, y es muy rica á causa del oro que se coge en la costa de Veragua. A sesenta leguas al E. de esta ciudad se halla la provincia de Sonsonate, donde vendí las mercancías que habia traído de la Nueva-España. La cabecera de esta provincia se nombra San Salvador: queda á siete leguas

de la costa del mar del Sur, y tiene un puerto en dicha costa, llamado Acaxutla, al cual arriban los buques que vienen de la Nueva-España con mercancías, y de retorno cargan cacao: allí residen cosa de sesenta españoles. De Sonsonate pasé á Nicoya, del reino de Nicaragua, en cuyo puerto construye el rey todos los navíos que van á las Indias y al Maluco. De allí me fuí á Costarica, cuyos indios, tanto hombres como mugeres, andan enteramente desnudos: esta tierra queda entre Panamá y el reino de Guatemala. Como aquellos indios están de guerra, no me atreví á pasar por tierra, sino que aquí, en una ciudad llamada San Salvador, lo que traia yo lo emplée en añil (que es una cosa que sirve para teñir de azul) y le llevé conmigo al puerto de Caballos, que es un gran golfo en el reino de Honduras. A un lado de la entrada hay un pueblo de poca fuerza sin artillería ni otra defensa, formado de casas de paja, en cuyo pueblo acostumbran los españoles descargar todos los años en el mes de Agosto cuatro buques que llegan de España con ricos cargamentos, y allí toman otros de añil y cochinilla (aunque no tan buena como la de Nueva-España), plata de las minas de Tomangua, oro de Nicaragua, cueros y zarzaparrilla, la mejor de todas las Indias. Esto llevan de retorno, y zarpan siempre en Abril siguiente, siguiendo su derrotero por la Isla de Jamaica, en cuya parte occidental reside un corto número de españoles. Van de ahí al cabo de San Antonio, que es el extremo mas occidental de la Isla de Cuba, y luego á la Habana, que está cerca y es el puerto principal y mas importante de cuantos el rey de España tiene en las Indias; porque todos los buques que vienen del Perú, Honduras, Puerto Rico, Santo Domingo, Jamaica, y demas partes de las Indias, tocan allí á su vuelta

á España, por ser el puerto en que toman víveres y agua, así como la mayor parte de su cargamento. Reúnense en aquel punto cuantos vienen de los lugares dichos, siempre en el mes de Mayo, como tiene mandado el rey. La entrada del puerto es tan estrecha, que con dificultad pueden pasar dos barcos á un tiempo, y á pesar de eso tiene largas seis brazas de fondo en la parte mas angosta. Al lado Norte de la entrada hay una torre en que está dia y noche un atalaya para otear el mar y descubrir las velas que se presenten en el horizonte; y tantas cuantas velas descubre, otras tantas banderas enarbola en la torre, para que sirva de gobierno á la gente de la ciudad, la cual está situada dentro del puerto, á cosa de una milla de la torre. Al pié de esta dicha torre hay una playa de arena, donde es fácil desembarcar; y á la orilla del mar, junto á la torre, corre una colina que con ayuda de poca artillería domina fácilmente la ciudad y el puerto. El interior de este es tan desahogado, que cómodamente puede contener un millar de naves, y no necesitan anclas ni cables, porque ningun viento puede dañarles. En la ciudad de la Habana viven como trescientos españoles y unos sesenta soldados que el rey tiene allí para guardar cierto castillo recién construido, con doce piezas pequeñas de artillería, y cercado de un foso donde pueden hacer entrar á voluntad el agua del mar. A cosa de dos leguas de la Habana está otra ciudad llamada Guanabacoa, poblada de unos cien indios; y á sesenta leguas de esta hay otra que llaman Bahama, situada en la costa del Norte. Esta Isla de Cuba tendrá mas de doscientas leguas de largo; y su capital se llama tambien Santiago de Cuba, residencia del obispo y de unos doscientos españoles: su situacion es al lado Sur de la isla, y á mas de cien leguas de

la Habana. Todo el comercio de esta isla se reduce al ganado, que matan únicamente para llevar los cueros á España: así es que los españoles tienen allí muchos negros para matar las reses. Crian ademas gran número de cerdos, cuya carne cortada en pedazos pequeños y secada al sol, sirve de provision á los buques que pasan para España.

Habiendo permanecido en esta dicha isla dos meses, tomé pasaje en una fragata que me llevó á Nombre de Dios, de donde fuí por tierra á Panamá, en el mar del Sur, De Nombre de Dios á Panamá hay diez y siete leguas: desde aquella corre el rio Chagre hasta llegar á un lugar llamado Cruces, cinco leguas de Panamá, por cuyo rio llevan las mercaderías, las desembarcan en Cruces, y de allí las conducen á Panamá por tierra, á lomo de mula, volviéndolas á embarcar para toda la costa del Perú en unos buques pequeños del mar del Sur. En uno de estos buques fuí á Potosí, luego por tierra al Cuzco, y de allí á Paita.

Al cabo de siete meses que permanecí en este lugar, volví al reino de Guatemala, y llegué á la provincia de Nicoya y á Nicaragua. De Nicaragua caminé por tierra á una provincia llamada Nicamula² [que está hácia el mar del Norte, en unas altas montañas], porque no podia atravesar el reino de Guatemala en aquel tiempo de aguas, á causa de inundarse todas las tierras bajas de la provincia de Soconusco, con las lluvias que caen arriba en las montañas, y duran siempre desde Abril hasta Setiembre, á cuya estacion llaman por eso invierno. De esa provincia pasé á otra que llaman de Verapaz, cuya cabecera tiene el

1 No hay Potosí puerto de mar. Paita lo es: acaso está cambiado el orden de los nombres, y deberá leerse, Paita, el Cuzco, Potosí.

2 ¿Será Chiquimula?